

“De Antequera a Piragovskaya”, de la novela inédita *Entre todas las mujeres*.

Miguel Ángel Melero

Villanueva de Cauche- Antequera, septiembre de 1936.

Diego Ventura, soldado del Ejército Republicano que, tras la ocupación fascista de Antequera en agosto de 1936, operaba en la zona Sur del término antequerano realizando labores de contención y defensa activa contra los hipotéticos intentos de avance sublevado hacia la capital, cae herido de gravedad en una pierna en una de estas incursiones.

Había sido esta una de las refriegas de mayor gravedad en cuanto al número de heridos y muertos, veinticuatro y doce respectivamente, contando ambos bandos.

La contención republicana en el enfrentamiento había provocado el repliegue de unas tropas sublevadas que de nuevo habían fracasado en su objetivo de hacerse con alguno de los objetivos codiciados que hubieran dejado expedito el camino hacia Málaga, como Villanueva de Cauche.

Pero Diego no podía ahora disfrutar de ese éxito republicano, ya que su carácter indomable e impetuoso le había llevado a traspasar, una vez más, la línea de la disciplina militar, y de paso la del sentido común.

Y es que en una de las muchas reyertas paralelas que generaron los *cuerpo a cuerpo*, Diego, en un violento arrebato de rabia, orgullo y saña, corrió tras aquel que casi destroza su pierna con un disparo de fusil, pero que no pudo rematarlo por haberse encasquillado el arma en el segundo intento.

Corrió tras él de una forma que jamás hubiera sido la de un hombre herido, hasta darle muerte, disparando sobre él su cargador completo, junto a un arbusto de abulagas.

Había saciado sin duda su sed de venganza, pero parecía firmar a su vez su sentencia de muerte.

Y es que salvado el orgullo, surgían ahora los insoportables dolores de una maltrecha pierna, que le habían dejado febril, inmóvil, y que a buen seguro le iban a impedir volver a su línea.

Quedaba pues solo, en terreno enemigo, y a merced del desenlace que este tuviera destinado para él, la muerte instantánea, el apresamiento, la agonía del abandono.

El caso es que, mientras todas las opciones parecían otear en el horizonte la sombra de la guadaña, Diego lanza un órdago a su propia supervivencia, cogiendo las ropas de su enemigo.

Suplantar la identidad del que había pretendido ser su verdugo se había convertido, por imposiciones azarosas del destino, en su única oportunidad de salvación.

Tras su evacuación al Hospital de San Juan de Dios por parte de soldados de Sanidad Militar, Diego Ventura inicia en Antequera una nueva vida, una vida inventada, pero que propia o ajena, empieza a cobrar sentido por primera vez cuando conoce a Sor Claudia, religiosa de la Caridad del Hospital, con la que entablará una relación que pronto irá más allá de la que se presupone entre cuidadora y enfermo.

Amor, crisis de fe, así como la desconfianza de un entorno, tanto sobre la verdadera identidad de Diego, como sobre la relación entre este y la religiosa, precipitan la necesidad de una huida que termina, por una traición, con la muerte de Diego y la vuelta de Sor Claudia al Hospital.

Pero no volvería sola, sino que ahora llevaba dentro de sí el fruto del único encuentro de amor y pasión furtivos con Diego, y la esperanza de dos mundos irreconciliables, hechos de nuevo uno en la carne.

Los evidentes y casi inmediatos cambios físicos pronto indicarían a sor Claudia, cada vez más Isabel, la necesidad de abandonar, esta vez ya sin Diego, su experiencia como religiosa y proyectar su huida hacia una salvación en forma de anonimato.

Barcelona, 28 de octubre de 1938

Un clamor ensordecedor de vítores y aplausos estalló en la mañana barcelonesa de finales de octubre de 1938, cuando tomó la palabra Dolores Ibárruri “Pasionaria”.

—“¡Madres! ¡Mujeres! Cuando los años pasen y las heridas de la Guerra se vayan restañando, hablad a vuestros hijos; ¡habladles de estos hombres de las Brigadas Internacionales!”—.

Un halo de extrema emoción se cernió sobre las más de doscientas mil almas que veían como con la salida de España de las Brigadas Internacionales, se esfumaban las ya de por sí escasas opciones de victoria de la República en la Guerra.

Pocos entendían de hecho la decisión adoptada por el Gobierno Negrín de evacuar a los brigadistas. Sin embargo, las presiones que desde julio venía ejerciendo sobre este hecho el Comité de No Intervención, obligaban al Gobierno español a adoptar “*la retirada inmediata y completa de todos los combatientes no españoles que tomen parte en la lucha de España, en las filas gubernamentales*”.

Un claro gesto de Negrín de acallar las voces de organizaciones sociales y políticas como la CNT, el POUM o los largocaballeristas del PSOE, que veían en la intervención de la Unión Soviética en el conflicto español, una seria amenaza a sus aspiraciones revolucionarias.

Pero era sobre todo la necesidad imperiosa de armamento la que lleva al Presidente a tomar esta decisión, dar salida a los voluntarios, con la esperanza de que la

Sociedad de Naciones volviera a considerar a España como miembro de pleno derecho, lo que le permitiría, entre otras cosas, la compra de material bélico a otros países.

Negrín lo tenía claro: prefería apurar sus escasas posibilidades de conseguir armamento antes que obstinarse en seguir contando con los voluntarios.

Pero el pueblo no entendía, y lloraba la marcha de los brigadistas, a la vez que profería gritos contra el Presidente.

También lloraba Isabel, con especial fuerza y rabia, por ser sus motivos incluso más fuertes que los que podía generar en todo un pueblo, la marcha de los casi trece mil voluntarios extranjeros que habían sido encuadrados en el Ejército Republicano.

—Creo que esto, Amelia, debe ser lo más parecido al Infierno, si es que existe... o quizás sea el Infierno esto mismo, y nosotros, almas condenadas a permanecer en él— gritaba Isabel a su amiga, llorando desconsolada, mientras apretaba con fuerza contra su pecho al pequeño Mario.

Hacía poco que había cumplido los dos años, pero sus ojos ya mostraban el fuego contenido, encerrado en una mirada visceral y libertaria; la misma que había hecho temerario, en la vida como en el frente, a su padre, Diego; la misma que había llevado abandonar la Fe y conocer un amor que no era el celestial, a Isabel.

—Es la única salida Isabel, al menos para tu hijo. ¿Vas a negarle esa oportunidad a Mario?— preguntaba Amelia mientras alisaba dulcemente con su dedo índice, el rubio y rizado pelo del niño.

—¡No! ¡Por supuesto que no, Amelia! ¡No voy a querer menos que tú a mi propia hijo; soy yo, por encima de todo y todos, la que siempre ha buscado y buscará lo mejor para él!— sentenció Isabel, en una reacción, tan impropia por lo cargada de rabia, que hasta parecía ir arrepintiéndose de sus palabras, a medida que las iba pronunciando, y que incluso le provocaron un repentino temblor que le atravesó todo el cuerpo.

—Yo nunca querría suplantar el amor de nadie...— musitó Amelia, sonrojada mientras agachaba la cabeza.

—¡No, no, por favor Amelia! Yo no quería decir..., nunca pienses que..., ya no sé ni lo que digo..., yo... yo no tenía derecho a...— balbuceaba Isabel, mientras Amelia, ya olvidada la afrenta, estrechaba con sus manos los hombros de su amiga.

Isabel y Amelia se conocían desde hacía más de un año, cuando ambas coincidieron en Requena, como voluntarias y luego contratadas en labores de cocina, lavandería y sanitarias, a los soldados del frente republicano.

Allí había llegado Isabel desde Almería, donde solo permaneció dos semanas, pero donde, como ella misma repetía “*vi atrocidades y tragedias como para cien años de guerra*”.

La huida de Almería, precipitada y violenta, tomó un poco de tranquilidad al llegar a Requena, entre otras cosas gracias a un profesor de Instituto de la ciudad, don Camilo, Alcalde de Antequera por el Partido Republicano Radical en 1932, y que también fue docente y hasta llegó a Director del Instituto Nacional de la ciudad.

Fue en esa época en la que don Camilo e Isabel, entonces sor Claudia, se conocieron, aunque sobre todo a través de una relación básicamente protocolaria, pero suficiente para recordar a la antigua religiosa.

—Sor Claudia... perdón, Isabel; parece que ni usted ni yo salimos bien parados de Antequera, y hoy volvemos a encontrarnos en un tiempo en que el destino es para todos nosotros, igual de desalentador e imprevisible—.

—Algo llegó a mis oídos, con el debido respeto, don Camilo, de los problemas que encontró usted, tanto en el Instituto como en la Alcaldía, aunque si le digo la verdad, no sé bien cómo acabaron—.

—¡Pues con mis huesos en Requena!— espetó el profesor gallego- un exilio más o menos parecido al tuyo, que me llevó a abandonar esa mi querida ciudad, de una manera tan precipitada como injusta. En todo caso pedí el traslado a Requena, que ya empiezo a sentir también como mía... Pero vayamos al tema que nos ocupa. Isabel, sabes que Amelia es más que una alumna, más bien una protegida, la aprecio y quiero como de mi familia. A través de compañeros que parece ser, me debían algún favor —sonreía y gesticulaba con sorna el profesor, como si le sorprendiera que a esas alturas alguien pudiera estar en deuda con él— he podido organizar la marcha de Amelia a Barcelona, hoy por hoy la ciudad más segura, al menos de “esta” España.

—“Esta” España, “aquella” España... las “dos Españas”— musitó para sí Isabel, recordando el trágico y desgarrador poema de aquel Antonio Machado que, al menos, tendría el privilegio de no haber vivido para presenciar la victoria final de los sublevados.

—El caso— prosiguió el ex Alcalde— es que estoy seguro de que no tendría problema en conseguir que pudieras acompañarla—.

—Se lo agradezco muchísimo, don Camilo. En este estado, la verdad (había dado a luz hacía pocas semanas) me vendría bien un poquito de estabilidad, para él y para mí, al menos lo que tarden en llegar aquí...—

—¡Calla, mujer, no llames a ruina!— le cortó bruscamente don Camilo— y ten todo preparado, porque la marcha podría ser de un día para otro—.

—Gracias don Camilo, que Dios le... ¡Salud!— corrigió la mujer.

—Adiós, Isabel—.

Isabel y Amelia, ésta ahora con Mario en brazos, caminaban de vuelta a la pensión, después de que el homenaje de despedida se suspendiera bruscamente, por motivos de seguridad, y cuando se disponían a desfilar, entre otras fuerzas, secciones de Seguridad y Asalto y Carabineros.

–Sé bien que es lo mejor, Amelia, pero esto me supera realmente. Desde que conocía a Diego mi vida ha pasado a convertirse en una huída constante, del amor, de la Fe, de mi misma, por no citar la otra- se refería Isabel a la huída física, la que pretendía iniciar desde Antequera junto a Diego, pero que se vio truncada con la traición de ese médico que se acercaba a ella más como mujer que como religiosa o compañera de trabajo; la huída que desde entonces emprendería sola, desde Antequera a Málaga, y desde aquí a Almería, Requena y Barcelona. Pero nunca creí tener que llegar a esto... no él– volvía a romper a llorar Isabel, mientras acariciaba la carita de un Mario, que daba toda la impresión de conocer, e incluso esperar, de forma resignada y plácida, el destino que sobre él se cernía.

Valencia, 20 de junio de 2011

–¿Y luego abuelo?– preguntaba con insistencia el joven Diego, a un Mario que sostenía entre sus manos ajadas y ya algo temblorosas, la fotografía de su madre, Isabel, y que ella misma metió entre su escaso equipaje, para que no olvidara su cara, mientras él permanecía en la Unión Soviética.

–Dos días después de ese desfile, casi cien niños salimos con destino a la URSS, hacinados en la bodega de un barco mercante. Me contaron que la cosa se había puesto bien fea en la retaguardia, y que el Consejo Nacional de la Infancia Evacuada comenzó a organizar envíos de niños, fundamentalmente hijos de pilotos o militares, a países que simpatizaban con la causa republicana española. Unos tres mil niños y niñas llegamos a la Unión Soviética entre 1937 y 1938. Nos repartieron en centros de acogida, “Casas de Niños”, creo que las llamaban, donde recibíamos educación y nos atendían a las mil maravillas. De todas ellas me tocó la que dicen que era la mejor, la Piragovskaya, en pleno centro de Moscú–.

–¿Moscú?! ¿y conociste ya al abuelo Vladik?–.

–No me dio tiempo, no estuve mucho en ese centro porque...– el rostro de Mario había adoptado de pronto una expresión taciturna– porque huimos de una guerra para encontrarnos con otra. Además, el Pacto de No agresión entre la Alemania nazi y la URSS, hizo que los soviéticos perdieran definitivamente el interés por la España que había sido republicana... y por sus niños, muchos de los cuáles fueron trasladados de nuevo, aunque esta vez en unas condiciones mucho peores–.

–¿Tú entre ellos?–.

–¿Cómo no! Nos llevaron a una casa, una especie de albergue, en un lugar muy remoto, no lo recuerdo siquiera, solo que estaba muy cerca de los Montes Urales. Pero sí que recuerdo el hambre, y los niños muertos por el tifus y la tuberculosis, y el frío... el frío, sobre todo el frío. Si ella hubiera sabido que yo estaría así...– volvía a tornarse triste la mirada de Mario, mientras acariciaba la fotografía.

–¿Nadie os protegía?–.

–Pocos realmente. A veces el Partido Comunista Español, la Cruz Roja, y en menor medida algún sindicato soviético, pero a duras penas lograban controlar el estado de delincuencia, violaciones y prostitución, del que habían apoderado algunas colonias.

–Tú... ¿también...?–.

–No, volví a tener suerte. Me escapé y pude instalarme en la casa de una familia campesina, muy humilde, trabajando en el campo a cambio de comer... ¡que no era poco!–.

–¿Y eso es suerte?–.

–¡Por supuesto!, sobre todo si tienes en cuenta que en 1943, casi el 40% de los niños que habían llegado a la Unión Soviética, había fallecido. Yo aún estuve catorce años más, hasta que en 1957, a través de un acuerdo entre los dos países, llegué a Castellón de la Plana, en el buque soviético “Crimea”–.

–Y la abuela...–.

–Solo encontré a Amelia, por lo visto su mejor amiga. Ella me contó que la abuela murió poco antes de acabar la guerra...–

–¿De enfermedad?–.

–Fusilada...– dijo entrecortado y con lágrimas en los ojos Mario, enrabiado, más que por la muerte de su madre, por no guardar más recuerdo de ella que una fotografía sesgada y amarillenta.

Miguel A. Melero es Historiador y Escritor.